



ROMANCE TRAGICO

DE

DOÑA INES DE ALFARO,

O LOS EFECTOS DE LA FALTA DE EDUCACION.

Refiérese la desastrosa vida que siguió esta jóven por la imprudencia de dos hermanos suyos, y el fin que tuvo.

En la ciudad de Sevilla nació Doña Ines de Alfaro, tan amable y virtuosa, como honesta en su recato. Su padre y madre murieron, y en poder de dos hermanos vivió, hasta que á la edad llegó de veinte y dos años. Un jóven de nobles prendas de ella estaba enamorado, é Ines le correspondia con amoroso entusiasmo. Mas como jugando un dia de esta cou los dos hermanos, se armase cierta disputa, y á cólera se cegaron, que las espadas sacando, el corazon le atraviesan, y á Gibraltar se escaparon. Como de las mialas nuevas

es portador el diablo, pronto supo Doña Ines de su amante el fin infausto. Aqui el lector considere qual sería el triste llanto de esta infeliz muger, viéndose en aquel quebranto. Querido Don Pedro mio, quién la vida te ha quitado! Mis hermanos! Yo fallezco! Tú muerto por mis hermanos! Las lágrimas la sofocan; y de cólera bramando, vengar en su sangre misma jura aquel asesinato. Aqui el demonio la inspira un proyecto el mas malvado, y ella se entrega al furor, cosa indigna de un cristiano. Escápase de su patria, y hácia Gibraltar marchando,

el traje de hombre se pone
para cubrir el engaño.
En el Campo de San Roque
halla á su mayor hermano;
le conoce, y sin ser vista
le dispara un trabucazo.
El otro acudió al ruido,
y ella al mirarle cercano,
corre á abrazarle, y al punto
con la daga le ha pasado,
Al mirarles ya difuntos,
en vez de soltar el llanto,
pues hasta los cocodrilos
lloran, cuando han hecho el daño,
se complacia en su crimen
sin causarle horror ni espanto.
Volvióse pronto á Sevilla;
mas como el asesinato
al punto se descubrió,
fue ausentarse necesario.
Poco pudo recoger,
que el riesgo no daba plazos:
y así al campo se escapó,
de nuevo el secso ocultando.
Vistióse á lo valenton,
y fue fácil el engaño,
que aunque muger, cara y cuerpo
son de varon bien formado.
Pronto dió fin al dinero
que consigo habia sacado,
y desatinada entonces
cometió crímenes varios.
Caminando hácia Carmona,
ilegó, y estando jugando
en la calle á la pelota
cuatro guapos alentados,
no les saludó al pasar,
y uno de ellos reparando,
le dijo ser descortés,
y todos se alborotaron.
Dióle uno un bofetón,
y ella su puñal sacando,
el corazón le pasó
con valor determinado.
Albergóse aquella noche
en una casa de campo,
caminando á toda prisa
con muchísimo cuidado.
Encontrándose otra noche
en un bosque solitario,
empezó á reflexionar
en su desastroso estado.
Pero es tal de los delitos

la cadena, que en llegando
á cometer el primero,
no es fácil volver el paso.
Así la llamaba Dios,
mas su ánimo obstinado,
enfurecido en el crimen,
cerró á la conciencia el paso.
Vagando andaba por todo,
y viendo que la habia dado
tal valor naturaleza,
se arrojaba á todo caso.
Entró una mañana en Cuenca,
donde posada buscando,
estuvo allí cuatro dias
en un figon retirado.
Llegaron dos portugueses,
junto á ella se sentaron,
y al instante conoció
que eran valientes lagartos.
Dijoles si eran servidos
de cenar, con que aceptaron,
comieron de lo que habia,
y no anduvo escaso el trago.
Calentada la cabeza,
uno fue desvergonzado
con la huéspedea, y la Ines
les dijo: señores, alto:
poco á poco en estos juegos,
que aunque no esté en casa el amo,
basta que esté aquí yo,
para que se haga caso.
Uno de ellos respondió
con muy grande desacato,
é Ines agarró un barreño,
y se lo metió en los cascos:
al otro con una daga
tres estocadas le ha dado.
con que ambos á dos se fueron
á cenar al otro barrio.
Al bosque se fue corriendo,
y allí encontró á un ermitaño,
que agoviado de vejez
estaba casi espirando:
socorrerle quiso Ines,
y él mostrándosele grato,
le dijo: „Aun de mi vida
„el término no ha llegado,
„porque si lo que estoy viendo
„no es ilusión, ni es engaño,
„à salvarte me destinan
„los cielos en sus arcanos.
„Como si una voz del cielo
„me estuviese ahora hablando,

de tu vida oigo la historia,
y fingido el secso hallo.
En una horca te estoy viendo,
como un racimo colgando,
y de allí, queriendo Dios,
te arranco yo con mis manos.
Tus crímenes son ya muchos;
pero tu ánimo obstinado
te arrojará à otros de nuevo,
maldades acomulando:
pero al fin llegará un dia,
que la conciencia clamando,
oírás la voz del Señor,
y llorarás tus pecados.”
Basta, basta, dijo Ines,
tales cosas escuchando;
y marchándose al momento
le dejó en aquel estado.
Comprendió largo camino
sin hacer del viejo caso,
y de uno à otro delito
se fue de nuevo llevando.
Dirigióse á Zaragoza,
y viendo à un napolitano
que con cierta señorita
estaba en la calle hablando,
le miró con risa y burla,
por ser feo y jorobado,
y la dama muy hermosa
para dicho renacuajo.
Se picó, y muy agraviado,
y se despidió de la dama
y fue siguiendo sus pasos.
Alcanzó à Inés, y la dijo:
teo que es un desbarbado,
y que sino de bofetones
te ha le hubiera dado.
Apenas pronunció esto,
cuando le dió un cinturazo
con espada y vayna, en forma
que le hizo andar rodando.
Y saliéndose en la Magdalena,
en donde estuvo tres meses,
para evitar mayor daño.
Pero cansada por fin
se escapó una noche al campo,
y en Francia se ha internado.
Y en Cádiz se embarcó en Marsella,
y en Cádiz fue el desembarco,
y en donde ejerció tambien

sus gracias con gran descaro.
En la puerta de la mar,
estando un dia jugando,
sobre tocarle una suerte
à un valiente gaditano,
armóse grande pendencia,
habiendo alli algun soldado.
Tres en su favor se ponen,
y las espadas sacando,
con ánimo y valentía
cinco contrarios mataron.
Ella esta vez salió herida
de una estocada en un brazo,
y en una casa, de oculto
un mes se estuvo curando.
Sanó y se fué à Jerez,
donde encontró à Pedro Bravo,
valenton de aquella tierra,
señalado entre los guapos.
Por un asunto de juego
con él tuvo cierto enfado,
y para desenfadarse
se salió con él al campo.
Sin ofenderse estuvieron
hora y media peleando,
y viéndole tan valiente,
púsole ella amor extraño.
El secso le descubrió,
y el valenton asombrado
de ver muger tan briosa,
quedó de ella enamorado.
Hicieron alianza estrecha
desde aquel momento entrambos,
cometiendo en todas partes
mil robos y asesinatos.
Vivieron sin ley ni Dios,
y como de tales tratos
son desastrosos los fines,
lo tuvo el de ellos muy malo.
Ines se causó muy pronto
de vivir con aquel guapo;
y como iba de muger
enamoraba à otros majos.
Prendose de un estremeño,
hombre muy determinado,
y unidos los dos un dia,
à Pedro Bravo mataron.
Llegó à olerlo la justicia,
y con diligentes pasos
al estremeño cogieron,
y muy pronto lo ahorcaron.
Inés pudo huir el cuerpo
con su ligero caballo,

y volviendo al trage de hombre,
dejó los indicios vanos.
A una posada llegó,
donde con otros jugando,
porque el juego era su suerte,
le dió uno un doblon falso:
ella de cólera ardiendo,
al conocer el engaño,
con una cuarta de acero
le sacó á fuera el liviano.
Tres toreros andaluces
desde allí la acompañaron,
hasta la ciudad de Andújar,
sierra morena pasando:
mas como ya la justicia
á Inés estaba buscando,
envió á Andújar los avisos,
por si allí hubiese llegado:
y como el Corregidor
de todo estaba informado,
para asegurar á Ines,
hizo prender á los cuatro.
Enviando á la prision
al instante un cirujano,
para que reconociera
á aquellos recién llegados.
Ines le dijo: si buscan
ustedes á Ines de Alfaro,
no hay que andar reconociendo,
que yo misma me declaro:
ya conozco que mis culpas
han la medida llenado,
y que el dia del castigo
en breve me está aguardando:
no hay que formarme proceso,
pues mis crímenes son tantos,
que para el mas corto de ellos
es poca pena el cadahalso.
Formóse sumaria luego,
y antes que pasase un año
á la pena capital
los Jueces la condenaron.
El tiempo que estuvo presa
su situacion meditando,
su arrojo y su valentía
en terror se le ha trocado.
No la espantaba la muerte
de un suplicio deshonorado,
sino el temor del infierno
y el rigor de un Dios airado.
Fue tanta su compuncion,

su arrepentimiento tanto,
que casi todos los dias
confesaba sus pecados.
Y el padre espiritual,
que era un varon muy santo,
logró inspirarle valor,
y animarla para el paso.
Llegó por fin el momento
de ejecutarse su fallo,
y la sentencia escuchó
con espíritu alentado:
salió muy arrepentida,
cual Magdalena llorando,
y al mirarla tan hermosa
era general el llanto:
subió á la horca animosa,
misericordia clamando;
y á todos perdon pedia
con ánimo muy gallardo.
Por fin dió el salto el verdugo,
y todos la encomendaron,
al que en una cruz murió
por salvar á los cristianos.
Retirándose la gente,
en la horca la dejaron,
en donde veinte y cuatro horas
debía de estar colgando:
pero antes de media noche,
pasando allí el ermitaño,
vió el cuerpo que aun se movía,
y logró cortarle el lazo.
Volvió prodigiosamente
en sí, como de un letargo,
que el tener garganta fuerte
la sostuvo en aquel paso.
Llevóselo como pudo
á su cueva el hermitaño,
donde se restableció
por permiso soberano.
Y como al ir á morir
su dolor era ya tanto,
siguió en igual contrición,
su antigua vida llorando.
Hizo grande penitencia,
y al morir aquel anciano,
de un monasterio vecino
ella se metió en el claustro.
Egemplar fue de virtudes
hasta sus últimos años,
y espiró, clamando siempre,
misericordia Dios Santo.

F I N.